

MAS LE VALIERA NO HABER NACIDO
 por Luis Vargas
 Dólar 41



LA MARAVILLA DEL HORROR
 por Antonio Benito Dólar 41

14 DE SEPTIEMBRE DE 1989

Reinaldo Edmundo Marchant:
 "No Molestar,
 Marchant Escribe"

Orgullosa de su fecunda imaginación y seguro poseedor de un don de narrar que bebí, según él, con la leche materna, recibió el Premio Novela Andrés Bello por la obra que actualmente aparece en vitrinas: El Abuelo.

por Ana María Larraín



Reinaldo Edmundo Marchant: "Me dejó emborronar por la primera ilusión que me surgió".

NADIE dice, al verla impasiblemente vestido con un imitado buen gusto, que la vida le ha sido dura a pesar de sus esfuerzos por torcer la mano. Proveniente de un hogar donde respiró el sistema de castigo y el mínimo de comprensión —su madre así sabe leer—, Reinaldo Edmundo Marchant, creado, él, dos hijos, ha sido verdaderamente un mago en el arte de superarse a sí mismo.

Sigue de sí hasta el límite de la verdad, en el momento de un desastre: ¿cómo se ha habido si habrá jamás ningún tipo de sorpresa.

"Mi literatura parte de un mundo no «real», sino especialmente creado".

Usted siempre como autor el apéndice escribe. ¿Hay algún tipo de conflicto afectivo que quiere abogar, o simplemente se trata de "trabajar bien" a quien puede haber sido importante en su destino de escribir?

Hay algo de las dos cosas, en realidad. Con mi padre mantuve siempre una relación íntima; lo hice a conocer cuando yo tenía 13 años, a raíz de que surgió en

mí algo así como la necesidad de darle un nombre a la idea que ya tenía de padre. Cuando nació, el matrimonio de ellos, con cuatro hijos más, ya estaba desintegrado.

—Y no fue definitivamente, en cierta medida, el choque entre el nombre de padre que usted buscaba y el padre concreto que existió...?

—No, porque así pagé en un buen momento. Y entendí que con el punto de vista y como un ser capaz de problemas de posibles idealizaciones sentimentales, pero que yo no iba, la verdad, tras el padre, sino tras la persona que me había dado su apellido. Arrogado. Y dado que mi madre me era vida, decidí usar lo terroríficamente su apellido.

—En su narrativa, las relaciones familiares no aparecen muy bien desarrolladas. Incluso en El Abuelo este personaje hace realmente de padre para el narrador, protagonista. ¿Con haber transcurrido su infancia personal, en algún sentido, a la literatura?

—Al menos en forma consciente, en absoluto. Dicha sólo bien que las dificultades familiares que he tenido no me causan ninguna obsesión ni

me irritan, tampoco, a escribir. Estoy hablando a nivel consciente (insiste). La literatura que yo realizo se basa sobre todo en un mundo literario especialmente creado, en el cual se insertan los 12 libros que he escrito y los no sé cuántos personajes que por ahí pululan. O sea, mi literatura no es autobiográfica.

—En ningún sentido? Porque, claro, desde un punto de vista crítico pocas alternativas de ficción pueden ser mejores.

—No creo. Estoy Vargas Llosa, Prosser, Donnerstag, el mismo Comas, Manuel Rojas... Como escribo a partir de su vida, ya, en cambio, escribo a partir de mi imaginación. Esa es mi realidad: la ficción. Sin perjuicio de los acontecimientos reales que, impactantemente, de seguro están.

—Y en su caso, ¿hay un mundo previo, ya configurado en su imaginación, antes de empezar a escribir?

—[Con una especie de orgullo] Tengo absolutamente configurado en mi mente ese mundo alternativo. Un mundo tanto más vivo que la realidad inmediata.

—Y si alguna vez se desmorona, ¿cómo se reanuda?

—Es simple. Lo que pasa es que yo creé otra realidad porque ésta (esta) había «muerto» (Me me gusta). ¿La edad? Me me gusta porque es ajena y la odio porque

(Continúa en la pág. 7)

Marchant: Su Talento.

EL ABUELO
 Reinaldo Edmundo Marchant. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1989. 80 páginas.

por Ignacio Valente

El joven autor de esta novela ganó con ella el Premio Andrés Bello del año pasado. El Abuelo es un viaje personal que recuerda con intensidad al de El Viejo y el Mar por su efecto y por su fortaleza individual, y a él está dedicado el relato entero, narrado en primera persona por el muchacho que le sirve de ayudante y otro de él. El viaje, bajo su apariencia posticoma, es un revolucionario de la realización a una novela literaria reciente. El momento es de fantasía, con nombres valientes, pero de indeterminación evoca va

ciente algún lugar extraterrestre. El ambiente del pueblo de los pescadores es la base legada. El joven y el anciano se dedican a la pesca en condiciones modestas y casi imperiales, tareas que se interrumpe sólo a la hora de esporádicas aventuras subterráneas del viejo. Sólo hay entre dos personajes, los demás tramas por el momento en forma vaga y rápida. Entre los dos hay un amor profundo, trágico y muy bien caracterizado.

La nota social y política ya es sencilla pero es constante; todo el poblado vive bajo la dominación opresora de los tiranos del Suroeste —un tirano tan tiránico como omnipotente—, contra quienes el Abuelo opone una frustrada pero casi heroica resistencia. No se trata, sin embargo, de una novela política. El relato se desarrolla psicológico y personal. El tiempo del relato es el pasado, si bien el narrador vuelve aquí y allá al presente cuando ya ha estado mismo del tiempo y el mismo

está en prisión. El manejo y la hibridación de los dos tiempos narrativos están bien manejados a lo largo de la novela. El montaje es hábil: el joven autor es dueño de una buena intuición novelística, que puede testar espontánea. Su talento promete.

El viejo es, qué duda cabe, un buen personaje en la persona de Marchant. Está trabajado con verdadero amor. Se ha acaudalado el mayor cariño a su lacónico, a su tersura disfrazada de asperidad, a su curiosa monotonía pero no desahogada, a su simple combinatorio, a su obstinante caparrosía mezclada con su no menor impudencia. El muchacho, por el contrario, es un sero acompañante, observador, torpe y narrador sin una personalidad definida, como un mero contrapunto juvenil del viejo, como un reluciente de su subjetividad profunda. Y su realidad el joven no mere

cía más como personaje: toda su función es servir y atestiguar. A su vez, como narrador en primera persona es un sujeto reflexivo que intenta descubrir a partir de los hechos cotidianos. Sus reflexiones, con todo, resultan algo autodidácticas, un tanto convencionales, demandando lirismo por último retorcidas, si bien con una aversión fiel a la época adolescente de la vida, y por eso no del todo fuera de tono.

La buena prosa le presta espontánea y fácil a Marchant: tiene buenas retinas de lenguaje narrativo, y su escritura lleva la marca de la elegancia creadora. Los diálogos son muy ágiles y vivos, y lo son especialmente los parlamentos que interrumpan el viaje y al muchacho. En ellos reside quizás lo más logrado de la novela. El joven autor posee habilidades de narrador y la pluma escrita. Hay cierta vitalidad natural en su relato, como si éste fuese a torcerse

"No molestar Marchant escribe" [artículo] Ana María Larraín.

AUTORÍA

Marchant, Reinaldo Edmundo, 1957-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"No molestar Marchant escribe" [artículo] Ana María Larraín. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile